

[El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a la Convención de París del Partido Comunista

Francés]

León Trotsky

13 de septiembre de 1922

(Versión al castellano de Matteo David desde “[From the ECCI to the Paris Convention of the French Communist Party](#)”, en [The First Five Years of the Communist International, 2 – Trotsky Internet Archive](#))

1. Causas generales de la crisis del partido	1
2. Agrupaciones internas del partido	2
3. La cuestión del frente único	5
4. La tarea política cardinal del comunismo francés.....	9
5. Cuestiones de la organización	11
(Adjunto) El frente único en Alemania [extractos carta de Clara Zetkin al CEIC].....	12

Estimados camaradas,

La próxima convención del Partido Comunista Francés es de una importancia excepcional. Después de un año de profunda crisis interna que paralizó la voluntad del partido, esta convención debe ayudar al partido a encaminarse por el amplio camino de la acción revolucionaria. Para que la convención cumpla con éxito esta tarea, es necesario que todo el partido revise críticamente el camino recorrido, obtenga una concepción clara de las causas de las graves enfermedades internas que produjeron la pasividad política y, con mano firme, aplique en la convención todas las medidas necesarias para recuperar la salud del partido y revitalizarlo. Esta carta tiene como objetivo ayudar a la opinión pública del partido francés a resolver esta tarea.

1. Causas generales de la crisis del partido

En el curso de la guerra imperialista, el socialismo y el sindicalismo franceses oficiales demostraron que estaban completamente emponzoñados por la ideología democrática y patriótica. Las columnas de *l'Humanité*, y de todas las demás publicaciones del partido y de los sindicatos, solían predicar a diario que se trataba de una guerra para acabar con todas las guerras, que ésta era una guerra justa, que la Entente encabezada por Francia representaba el más alto interés de la civilización, que la victoria de la Entente traería consigo una paz democrática, el desarme, la justicia social, etc. Después de que estas fantasías, envenenadas con el chauvinismo, encontraron su encarnación en la repugnante realidad de la paz de Versalles, el socialismo francés oficial llegó a un callejón sin salida. Su fraude interno quedó al descubierto cruda e irrefutablemente. Las masas se vieron presas de un pánico ideológico, los círculos principales del partido perdieron su equilibrio y confianza en sí mismos. Estas fueron las circunstancias bajo las cuales el partido pasó por su transformación en la Convención de Tours y se adhirió a la Internacional Comunista. Naturalmente, los resultados de esta convención fueron preparados por la incansable y

heroica labor del Comité para la Tercera Internacional. Sin embargo, la rapidez con que se alcanzaron estos resultados sorprendió a todo el proletariado internacional de la época. La abrumadora mayoría del partido, junto con sus publicaciones más importantes, como *l'Humanité*, se transformaron en la sección francesa de la Internacional Comunista. Los elementos más desacreditados, cuyos intereses y pensamientos estaban ligados a la sociedad burguesa, se separaron del partido. Esta rápida transformación de un partido socialista en partido comunista, resultante de la flagrante contradicción entre la ideología del patriotismo democrático y la realidad de Versalles, inevitablemente también trajo consigo consecuencias negativas. El partido se retractó de su propio pasado, pero esto no significó en absoluto que hubiera tenido éxito, en tan breve espacio de tiempo, en examinar críticamente y asimilar los principios teóricos del comunismo y los métodos proletarios de la política revolucionaria.

Además, el movimiento revolucionario ha asumido en los últimos dos años un carácter más gradual y prolongado en Europa. La sociedad burguesa adquirió una apariencia de nuevo equilibrio. Sobre esta base se produjo un resurgimiento dentro del partido comunista de los viejos prejuicios del reformismo, del pacifismo y del democratismo a los que el partido había renunciado formalmente en Tours. De ahí la inevitable lucha interna que ha provocado la profunda crisis partidista.

Después de Tours un número considerable de sindicalistas revolucionarios se unieron al partido. En y por sí mismo esto fue un hecho muy valioso. Pero precisamente porque había una total falta de claridad en nuestro partido sobre la cuestión de las interrelaciones entre el partido y los sindicatos, los puntos de vista sindicalistas, que exigían que el partido se abstuviera de “entrometerse” en el movimiento sindical, tendían a reforzar la idea totalmente falsa de que el partido y los sindicatos constituyen dos poderes absolutamente independientes cuyo único vínculo es, en el mejor de los casos, el de neutralidad mutua y amistosa. En otras palabras, no fueron los sindicalistas revolucionarios los que fueron remodelados en la fragua del partido, sino que, por el contrario, fueron ellos quienes imprimieron al partido su sello de anarcosindicalismo, aumentando así el caos ideológico.

Podría decirse, por tanto, que la Convención de Tours sólo esbozó en líneas generales el marco general en el que continúa hasta el día de hoy el difícil proceso de regeneración democrática del partido socialista en partido comunista.

2. Agrupaciones internas del partido

La expresión más evidente y aguda de la crisis radica en la lucha de tendencias dentro del partido. Estas tendencias, reducidas a sus agrupaciones básicas, son cuatro:

a) *El ala derecha*. El renacimiento y la consolidación de la derecha en el interior del partido comunista ha seguido la línea de la menor resistencia, es decir, a lo largo de la línea del pacifismo que siempre puede contar con anotarse éxitos superficiales en un país con las tradiciones de Francia, particularmente tras una guerra imperialista. El pacifismo humanitario y lacrimoso que no contiene nada de revolucionario proporciona el camuflaje más conveniente para todos los otros puntos de vista y simpatías en el espíritu del reformismo y el centrismo. El ala derecha del partido comenzó a ganar confianza y audacia en la misma medida en que el carácter prolongado de la revolución proletaria se hizo más evidente y la burguesía europea ganó más y más ascendencia sobre el aparato del estado después de la guerra; a medida que las dificultades económicas de la república soviética comenzaron a multiplicarse. Los elementos derechistas sabían y sentían que sólo podían asegurarse la influencia si la conciencia del partido permanecía sin forma y confundida. Por eso, sin ser siempre

suficientemente atrevidos para atacar abiertamente al comunismo, emprendieron una lucha aún más encarnizada contra las exigencias de claridad y precisión en las ideas y la organización del partido. Bajo el lema de la “libertad de opinión”, han defendido la libertad de los intelectuales pequeñoburgueses, los abogados y los grupos de periodistas, para introducir confusión y caos en el partido y, por lo tanto, paralizar su capacidad de actuar. Todos los violadores de la disciplina partidaria encontraron simpatía entre el ala derecha que nunca deja de descubrir un valor singular cada vez que un diputado o un periodista pisotea el programa, la táctica o los estatutos del partido proletario. Bajo el lema de la autonomía nacional, han lanzado una lucha contra la Internacional Comunista. En vez de luchar por tal o cual punto de vista dentro de la internacional, a la cual se han unido formalmente, la derecha ha cuestionado el derecho de la internacional a “interferir” en la vida interna de los distintos partidos. Han ido más allá. Al identificar a la internacional con Moscú, comenzaron a insinuar a los obreros franceses de forma encubierta, y por tanto más perniciosa, que tales y tales decisiones de la Internacional Comunista no eran dictadas por los intereses de la revolución mundial sino por los intereses oportunistas del estado de la Rusia soviética. Si esto fuera realmente el caso, o si el ala derecha lo creyera seriamente, tendrían el deber de lanzar una lucha irreconciliable contra los comunistas rusos, calificándolos como traidores a la causa comunista mundial y convocando a los trabajadores rusos a derrocar a tal partido. Pero el ala derecha ni siquiera soñó con tomar este camino, que es el único coherente y de principios. Se han limitado a sugerencias e insinuaciones, tratando de jugar con los sentimientos nacionalistas de un cierto sector del partido y de la clase obrera. Este coqueteo con el pseudodemocratismo (“libertad de opinión”) y con el nacionalismo (París *versus* Moscú) fue complementado por lamentaciones sobre la división con los disidentes y con la exploración del terreno para preparar la política del “bloque de izquierda”. En todo su espíritu, el ala derecha es, pues, hostil al comunismo y a la revolución proletaria. El requisito elemental para la autopreservación del partido es purgar sus filas de tendencias de este tipo y de aquellos individuos transmisores de estas tendencias. Se entiende que los miembros del partido que han anunciado abiertamente su adhesión a la derecha tras la Convención de Tours no pueden ocupar puestos responsables en el Partido Comunista Francés. Esta es la primera y perfectamente clara condición para superar la crisis interna.

B) *El ala izquierdista.* En la parte opuesta del partido se observa la llamada extrema izquierda, en la que, bajo el radicalismo ficticio verbal, no rara vez se esconden (junto a la impaciencia revolucionaria) prejuicios puramente oportunistas sobre cuestiones tácticas y organizativas de la clase obrera. El localismo, la autonomía y el federalismo, que son completamente incompatibles con las necesidades revolucionarias de la clase obrera, encuentran sus partidarios en la llamada extrema izquierda. Desde aquí también se han presentado en ocasiones llamamientos a acciones pseudorevolucionarias, obviamente no en consonancia con la situación existente e incompatibles con las políticas realistas del comunismo. Entre la mayoría de los izquierdistas hay un material revolucionario espléndido como lo demostró la experiencia del año pasado y especialmente la experiencia de la Federación del Sena. Bajo un liderazgo correcto y firme del partido, esta mayoría se está librando de los prejuicios pseudorevolucionarios y lo hace a favor de una auténtica política comunista. Pero incuestionablemente hay dentro de esta ala representantes aislados del tipo anarco-reformista que siempre están ansiosos por hacer bloque con la derecha contra la política comunista. Un control vigilante y estricto de las actividades futuras de estos elementos es un complemento indispensable del trabajo pedagógico entre los círculos partidarios cuya inexperiencia es explotada por los anarcosindicalistas de la extrema izquierda.

C) *La tendencia de izquierda*. Ideológicamente, y en gran parte por su composición personal, la tendencia de izquierda representa la continuación y el desarrollo del Comité a favor de la Tercera Internacional. La tendencia de izquierda ha ejercido, indudablemente, todos los esfuerzos para traducir la política del partido en los hechos y no meramente en las palabras de acuerdo con los principios de la Internacional Comunista. Ha habido un cierto resurgimiento en la actividad del grupo de izquierda debido a la consolidación de la derecha y la política agresiva de esta última contra los principios, las políticas y la disciplina comunistas. El CEIC, que en su día había disuelto el Comité para la Tercera Internacional por la unidad del partido, tomó todas las medidas necesarias para evitar el resurgimiento de una situación fraccional, cuyo peligro quedó perfectamente demostrado desde el momento en que la derecha, en ausencia de la resistencia necesaria, se envalentonó lo suficiente como para pisotear abiertamente las ideas del comunismo y los estatutos del partido y de la internacional. El CEIC no vio, y no ve, en la actividad de la izquierda (*La Gauche*) ninguna indicación de que se intente crear una facción cerrada. Por el contrario, en plena armonía con las decisiones y directivas del CEIC, la tendencia de izquierda defiende la necesidad de una completa unidad y fusión de todos los elementos comunistas sinceros en la limpieza del partido de los vestigios disruptivos y corrosivos de su pasado.

D) El grupo más amplio y menos definido está constituido por el *centro* que refleja más claramente la evolución del partido francés, tal como se caracteriza al principio de esta carta. La rápida transición del socialismo al comunismo bajo la presión de los estados de ánimo revolucionarios entre las filas del partido ha llevado a incorporar al partido a numerosos elementos cuyo respeto por la bandera comunista es bastante sincero pero que están lejos de haber liquidado su pasado democrático parlamentario y sindicalista. Muchos de los representantes del centro creen sinceramente que la renuncia a las fórmulas más desacreditadas del parlamentarismo y el nacionalismo basta por sí sola para convertir al partido en partido comunista. A sus ojos, la cuestión se resolvió mediante la aceptación formal de las 21 condiciones en Tours. Sin ser suficientemente conscientes de la profunda regeneración interna que todavía tenía el partido ante sí antes de convertirse en líder de la revolución proletaria en la principal ciudadela de la reacción capitalista, y considerando que la Convención de Tours ya había resuelto las principales dificultades, los representantes del centro fruncieron el ceño ante el planteamiento de problemas tácticos y de organización en el partido y se inclinaron a considerar los conflictos de principios como disputas personales y clamor de círculo. La derecha, ideológicamente insignificante y desacreditada, fue capaz de levantar la cabeza sólo porque el centro, liderando el partido, no pudo contrarrestarla inmediatamente. Atrapado entre los grupos más o menos cristalizados de derecha e izquierda, el centro quedó privado de cualquier fisonomía política independiente. Los intentos de diversos representantes del centro, como el camarada Daniel Renault, de crear una plataforma independiente dieron lugar en la práctica a su acuerdo sobre algunas cuestiones con la derecha y otras con la extrema izquierda, por lo que sólo aumentan la confusión ideológica. Es indudable que algunos representantes del centro gravitan totalmente a la derecha y siguen siendo un elemento disuasorio para el crecimiento del partido. Pero la tarea de la mayoría de los elementos principales del centro (y esperamos que cumplan con esta tarea) consiste en mantenerse firmes en las decisiones de la Internacional Comunista y en la limpieza del partido, hombro con hombro con la tendencia de izquierda, de todos aquellos elementos que en la práctica política han demostrado, están demostrando y seguirán demostrando que no pertenecen a las filas comunistas, para así fortalecer la disciplina del partido y convertir al partido en un instrumento confiable para la acción revolucionaria.

Junto a los representantes de la izquierda, que han demostrado su lealtad a la causa de la revolución proletaria en los días más difíciles, deben entrar en el comité central del partido aquellos representantes del centro que han mostrado una genuina disposición a una nueva era en la vida del partido francés.

3. La cuestión del frente único

La cuestión del frente único surgió ante la internacional en la misma medida en que los partidos comunistas de los países más importantes pasaron del trabajo ideológico y organizativo preparatorio al camino de la acción de masas. Por las razones antes expuestas, el partido francés se vio sorprendido por la cuestión del frente único. Esto se manifestó en la adopción de decisiones incorrectas del partido sobre esta cuestión. Sin embargo, la política del frente único, llevada a cabo por un partido revolucionario centralizado homogéneo, puede y debe asumir una enorme importancia precisamente en el movimiento obrero francés.

Antes de la guerra, las relaciones sociales en Francia eran las más calmadas de toda Europa. La relativa estabilidad de la vida económica en presencia de un pequeño campesinado numéricamente grande fue la fuente del conservadurismo en la vida política, que también tuvo sus efectos sobre la clase trabajadora. En ningún otro lugar existía un reinado tan tenaz de sectas revolucionarias y pseudorevolucionarias como en el movimiento obrero francés. Cuanto más débil eran las perspectivas de la revolución social, tanto más cada agrupación, facción y secta se esforzaban por convertirse en un pequeño mundo autosuficiente y cerrado. A veces estas facciones luchaban entre sí por la influencia, al igual que los guesdeistas y los jauresistas; Otras veces delimitaron su influencia sobre el principio de no intervención, como hicieron los jauresistas y los sindicalistas. Cada pequeño grupo, especialmente su burocracia, consideraba su existencia misma como un fin en sí misma. A esto se sumaban las consideraciones siempre arribistas: la prensa se convirtió en un fin en sí misma para los periodistas al igual que los puestos parlamentarios lo eran para los diputados. Estas tradiciones y hábitos, productos de un largo pasado democrático bajo las condiciones de un medio conservador, siguen siendo muy fuertes en el movimiento obrero francés hasta el día de hoy.

El partido comunista no vio la luz para existir sólo como una facción en el proletariado junto a los disidentes, los anarcosindicalistas y los demás, sino más bien para sacudir estos grupos y facciones conservadores desde sus mismos cimientos; nació para poner de manifiesto la incompatibilidad total de dichos grupos y facciones con las necesidades y tareas de la época revolucionaria y con ello impulsó al proletariado a tomar conciencia de sí mismo como una clase cuyos sectores están dinámicamente unidos por el frente único contra la burguesía y su estado. Una organización parlamentaria socialista o una secta propagandística pueden permanecer durante décadas dentro de un mismo marco que le asegure unos pocos puestos parlamentarios o un cierto punto de venta de folletos. Pero el partido de la revolución social está obligado a aprender en la acción cómo fusionar a la mayoría de la clase obrera, aprovechando para ello toda oportunidad de acción de masas que se abra. Las agrupaciones y facciones vencidas están interesadas en preservar intactas e inmutables todas las barreras que dividen a la clase trabajadora en segmentos. Nosotros, por otro lado, tenemos un interés vital en derribar estas barreras de conservadurismo y en enseñar a la clase obrera a seguir nuestro ejemplo. Aquí está todo el sentido de la política del frente único, un significado que deriva directamente de la esencia revolucionaria socialmente de nuestro partido.

Desde este punto de vista, hablar de que debemos aceptar un frente único con las masas pero no con los líderes es pura escolástica. Esto es como decir que estamos de acuerdo en dirigir huelgas contra los capitalistas, pero nos negamos a entablar negociaciones con ellos. Es imposible conducir una huelga sin entrar en un momento determinado en negociaciones con los capitalistas o sus plenipotenciarios. Es igualmente imposible convocar a las masas organizadas a una lucha unida sin entrar en negociaciones con aquellos a quienes un sector particular de las masas ha hecho sus plenipotenciarios. Lo que se manifiesta claramente en esta intransigencia es la pasividad política, la ignorancia de la tarea más importante para la que el partido comunista fue realmente creado.

Consideramos necesario analizar aquí algunas de las objeciones al frente único que han sido planteadas recientemente, en particular por el camarada Daniel Renoult, y que se basan ostensiblemente en la experiencia de la Internacional Comunista y sus diversas secciones.

Se nos dice que el intento de convocar un congreso mundial de los trabajadores no ha sido coronado con éxito, sino que, por el contrario, ha resultado sólo en agravar la lucha de la 2ª y la 2ª y ½ internacionales contra el comunismo. Se intenta sacar la misma conclusión de la experiencia con la política del frente único en Alemania. Lo que realmente vemos allí, se nos dice, no es un frente único del proletariado, sino una confederación de los socialdemócratas e independientes contra los comunistas.

Nadie discute estos hechos. Pero pueden emplearse como argumentos contra la política del frente único sólo por aquellos que tienen la esperanza de lograr, mediante la política del frente único, un ablandamiento de los antagonismos políticos o una conversión de Ebert, Scheidemann, Vandervelde, Renaudel, Blum y Longuet en revolucionarios. Pero esas esperanzas sólo pueden ser alimentadas por los oportunistas; Y, como vemos, el punto de vista del camarada Renoult y sus correligionarios no representa la posición de los revolucionarios, sino de los oportunistas presas de la desesperación. Nuestra tarea no es en absoluto reeducar a Scheidemann, Blum, Jouhaux y compañía, sino desbaratar el conservadurismo de sus organizaciones y abrir camino a la acción de las masas. En última instancia, el partido comunista sólo puede beneficiarse de esto. Entre las masas el impulso a la unidad es grande. En cierto momento, nuestra agitación forzó incluso a la 2ª y la 2ª ½ internacionales a entablar negociaciones con nosotros para convocar un congreso unificado de trabajadores. Es absolutamente incontestable que los socialdemócratas y los independientes hicieron todo lo posible para aplastar la acción unificada y, en el proceso de la lucha sobre este eje contra los comunistas, se han atraído más mutuamente. En Alemania esto ha llevado a los preparativos para la fusión completa de estos dos partidos. Sólo aquellos que carecen completamente de la comprensión de lo complejos que son los caminos del desarrollo político de la clase obrera, pueden ver en esto el colapso de la política del frente único. La fusión de los independientes con los socialdemócratas temporalmente hará que parezca que se han fortalecido en relación con nosotros. Pero en realidad, esta fusión redundará enteramente en ventajas para nosotros. Los independientes tratarán de impedir que los socialdemócratas cumplan su papel burgués-gubernamental. Con mucho mayor éxito, los socialdemócratas evitarán que los independientes de hoy jueguen su papel de "oposición". Con la desaparición de la mancha informe constituida por los independientes, el partido comunista se presentará ante la clase obrera como única fuerza luchando contra la burguesía y convocando a la clase obrera a un frente único en esta lucha. Esto no puede dejar de cambiar la relación de fuerzas a nuestro favor. Es muy probable que poco después de que nuestra fuerza creciente se haga sentir, el Partido Socialdemócrata Unificado se vea obligado a aceptar la consigna del frente

único en un momento u otro. En esta situación, los comunistas, que son los combatientes más resueltos por los intereses parciales y generales de la clase obrera, sólo pueden ganar el favor de los trabajadores. Por lo tanto, como consecuencia de esta colaboración temporal, los socialdemócratas se retirarán de los comunistas una vez más y aún más agudamente, y lanzarán una campaña aún más venenosa contra ellos. La lucha del partido comunista por la influencia en la clase obrera no procede en línea recta, sino en una complicada línea curva, cuya dirección general es hacia arriba, siempre que haya homogeneidad y disciplina en el propio partido comunista.

Los incuestionables éxitos políticos de la política del frente único ya están claros, como lo atestigua un informe de la camarada Clara Zetkin, que se adjunta a esta carta.

* * *

Algunos camaradas franceses, que incluso están dispuestos a aceptar “en principio” la táctica del frente único, la consideran inaplicable en la actualidad en Francia. Nosotros, por el contrario, afirmamos que en ningún otro país la táctica del frente único es tan impostergable e imperativa como en Francia. Esto está determinado en primera instancia por el estado del movimiento sindical francés.

La división de las organizaciones sindicales francesas llevada a cabo por Jouhaux y compañía por motivos políticos es un crimen no menos grave que la conducta de esta camarilla durante la guerra. Toda tendencia y doctrina tiene la oportunidad de crear su propia agrupación dentro de la clase obrera. Pero los sindicatos son las organizaciones básicas de la clase obrera y la unidad de las organizaciones sindicales está dictada por la necesidad de defender los intereses y derechos más elementales de las masas trabajadoras. Una división de las organizaciones sindicales por motivos políticos es simultáneamente una traición sindical así como, también, una confesión de bancarrota. Sólo aislando (a través de una escisión) a un pequeño sector de la clase obrera, alejándolo de las agrupaciones revolucionarias, Jouhaux y compañía confían en conservar un poco más de tiempo su influencia y su organización. Pero por esta misma razón los sindicatos reformistas han dejado de ser sindicatos, es decir, organizaciones de masas de los trabajadores, y se han convertido en un partido político camuflado de Jouhaux y compañía.

No hay duda de que hubo partidarios de la división también entre los anarcosindicalistas revolucionarios. Extraños a las amplias tareas de la revolución proletaria, estos elementos generalmente limitan su programa a la creación de una secta clericoanarquista, con su propia jerarquía y su propia congregación. Establecen un “pacto” que va de suyo, un acuerdo secreto por el que se comprometen a ayudarse mutuamente en la captura de puestos de dirección. Y en este sentido la división en el movimiento sindical se adapta a los negocios de estas camarillas de la mejor manera posible.

Sobre esta cuestión, nuestra posición ha sido, como sigue siendo, absolutamente intransigente. Aquí, como en todas las otras cosas, los intereses de nuestro partido coinciden con los intereses genuinos de la clase obrera que necesita sindicatos unificados y no escisiones. Naturalmente, la confederación revolucionaria del trabajo está más cerca de nosotros que la confederación reformista. Pero es nuestro deber luchar para restablecer la unidad de las organizaciones sindicales, no en el oscuro futuro, sino en este momento, para repeler la ofensiva capitalista. La división sindical es obra de la burocracia sindical criminal. Las filas de ambos grupos ni querían ni quieren dividirse. Debemos estar con las masas en contra de la divisoria y traicionera burocracia sindical.

La confederación revolucionaria de los sindicatos se hace llamar unitaria. Para los anarcosindicalistas esto es sólo una declaración hipócrita. Pero para nosotros, los comunistas, es una bandera. Tenemos la obligación, cada vez que se nos ofrece una oportunidad y sobre todo en cada oportunidad de acción de masas, de explicar que la existencia de la Confederación Revolucionaria de Sindicatos no es un fin en sí mismo sino un medio para lograr la rápida unificación posible del movimiento sindicalista revolucionario. En relación con la huelga del Havre, ¿el partido se dirigió públicamente a ambas confederaciones con una propuesta de que coordinen sus demandas para ayudar a esta huelga? No lo hizo. Y esto fue un gran error. La circunstancia de que la propia CGTU se oponía a ello, en ningún caso puede servir de coartada. Porque no estamos obligados a hacer sólo lo que la CGTU desea. Tenemos nuestros propios puntos de vista comunistas sobre las tareas de las organizaciones sindicales, y cuando una organización sindical comete un error, debemos, bajo nuestra propia responsabilidad, corregir este error abiertamente ante los ojos de las masas trabajadoras para ayudar al proletariado a evitar errores similares en el futuro. Debimos preguntar abiertamente a las dos confederaciones, ante los ojos de todo el proletariado, si estaban dispuestas a reunirse para elaborar un programa conjunto para ayudar a la huelga del Havre. Tales propuestas concretas, los programas de acción elaborados por nosotros por adelantado, deben ser incansablemente avanzadas en cada ocasión apropiada, a escala nacional o local, dependiendo del carácter de las cuestiones y el alcance del movimiento. La CGTU no puede y no podrá poner obstáculos en el camino de tal iniciativa. La CGT, con el fin de evitar que sus seguidores entren en contacto con la revolución, sigue huyendo. Tanto peor para la CGT. La política de frente único se convertirá en un ariete que romperá las últimas fortificaciones de Jouhaux y compañía.

Pero esto no es suficiente. Como partido, no podemos permanecer al margen durante eventos tan importantes como la huelga del Havre. Tampoco podemos permitir que los señores disidentes se sienten a esperar o se mantengan callados al margen. También deberíamos haber hecho una propuesta directa y pública a los disidentes para una conferencia. No existe y no puede haber un argumento racional y serio en contra de tal propuesta. Y si, bajo la influencia de la situación y bajo nuestra presión, los disidentes hubiesen dado un paso adelante en interés de la huelga, habrían hecho a los trabajadores un verdadero servicio y la mayoría de las masas trabajadoras, incluyendo aquellos que siguen a los disidentes, habrían entendido que fue nuestra presión lo que les hizo dar ese paso político. Si los disidentes se negaran, se habrían desacreditado. Por otra parte, no sólo habríamos cumplido con nuestro deber hacia una parte del proletariado comprometido en la lucha activa en ese momento, es decir, con los huelguistas del Havre, sino que, también, habríamos elevado nuestra autoridad. Sólo una propaganda incansable, persistente y flexible a favor de la unidad, basada en los hechos vivos de la acción de masas, es capaz de derribar las barreras del sectarismo y de los círculos cerrados dentro de la clase obrera, elevando su sentimiento de solidaridad de clase y, por lo tanto, incrementando necesariamente nuestra propia influencia.

Sobre la base de toda esta actividad, la consigna de un gobierno obrero, levantada a su debido tiempo, podría generar una poderosa fuerza de atracción. En un momento oportuno, preparado por los acontecimientos y por nuestra propaganda, nos dirigiremos a las masas trabajadoras que todavía rechazan la revolución y la dictadura del proletariado o que, simplemente, no han madurado suficientemente para estas cuestiones y les hablaremos como sigue: “Ahora se puede ver cómo la burguesía está restaurando su propia unidad de clase bajo el signo del Bloque de Izquierda y está preparando su propio gobierno de “izquierda”, que en realidad unifica a la burguesía en su conjunto. ¿Por qué no deberíamos nosotros, los trabajadores, pertenecientes a

diferentes partidos y tendencias, crear junto con los obreros no partidarios nuestro propio bloque proletario en defensa de nuestros propios intereses? ¿Y por qué no deberíamos proponer nuestro propio gobierno obrero?” Esta es una declaración natural, simple y clara sobre todo el asunto.

Pero, ¿podríamos los comunistas participar en el mismo gobierno con Renaudel, Blum y el resto?, preguntarán algunos camaradas. Bajo ciertas condiciones esto podría resultar temporalmente inevitable, al igual que los comunistas rusos estaban dispuestos, incluso después de nuestra victoria de octubre, a permitir que los mencheviques y los s-r entraran en el gobierno, y realmente atrajimos a los eseristas de izquierda. Pero, por el momento, la cuestión no se plantea, desafortunadamente, en Francia de una manera tan práctica. No se trata de la formación inmediata o inminente de un gobierno obrero con la participación de Frossard y Blum, sino de la oposición agresiva de un bloque obrero al bloque burgués. Para que los asuntos lleguen al punto de crear un gobierno obrero, primero es necesario reunir a la mayoría de la clase obrera alrededor de este eslogan. Una vez logrado esto, es decir, el momento en que los obreros disidentes y los miembros de la Confederación General del Trabajo exijan un gobierno sindical unificado, el stock de Renaudel, Blum y Jouhaux no valdría mucho, porque estos señores sólo son capaces de mantenerse mediante un compromiso marital con la burguesía, siempre y cuando la clase obrera esté dividida.

Es perfectamente evidente que una vez que la mayoría de la clase obrera francesa se una bajo la bandera de un gobierno obrero, no tendremos motivo alguno para preocuparnos por la composición de este gobierno. Un verdadero éxito de la consigna de un gobierno obrero significaría ya, en la naturaleza de las cosas, el preludio de la revolución proletaria. Esto es lo que esos camaradas no comprenden cuando abordan formalmente las consignas y las analizan con el criterio del radicalismo verbal, sin tener en cuenta los procesos que ocurren dentro de la propia clase obrera.

Proponer el programa de la revolución social y oponerla “intransigentemente” a los disidentes y a los sindicalistas-reformistas, negándose a entablar negociaciones con ellos hasta que reconozcan nuestro programa: esta es una política muy simple que no requiere ingenuidad ni energía, ni flexibilidad ni iniciativa. No es una política comunista. Los comunistas buscamos métodos y rutas para llevar política y prácticamente a la acción a las masas todavía inconscientes hasta el punto en que comiencen a plantearse la cuestión revolucionaria por sí mismas. La unificación de la vanguardia obrera bajo la bandera de la revolución social ya se ha logrado en la forma del partido comunista. Este partido debe ahora esforzarse en unificar a toda la clase obrera en el terreno de la resistencia económica al capitalismo, así como en el terreno de la resistencia política a la burguesía y su bloque gubernamental. De este modo acercaremos la revolución social y prepararemos al proletariado para la victoria.

4. La tarea política cardinal del comunismo francés

La lucha contra el Tratado de Versalles y la atracción de las masas cada vez más amplias a esta lucha, al tiempo que las investimos con un carácter cada vez más decidido, esa la tarea política central del Partido Comunista Francés.

La burguesía francesa sólo es capaz de mantener el régimen instituido por la paz de Versalles, tan monstruosa y fatal para Europa, a través de la fuerza militar del pueblo francés y el saqueo ilimitado de Alemania. Las constantes amenazas de ocupar el territorio alemán constituyen uno de los mayores obstáculos para el crecimiento de la revolución proletaria en Alemania. Por otra parte, los recursos materiales robados al

pueblo alemán sirven para reforzar la posición de la burguesía francesa, que es hoy la principal fuerza contrarrevolucionaria no sólo en Europa sino en todo el mundo.

Al mismo tiempo, es incuestionable que la burguesía francesa utiliza las reparaciones alemanas para crear una posición privilegiada en la mayor parte posible de la clase trabajadora francesa, a fin de facilitar al capitalismo francés la represión del proletariado francés en su conjunto. Hemos observado esta misma política durante décadas en Gran Bretaña, pero en una escala algo mayor. La burguesía británica, saqueando sus colonias y explotando a los países más atrasados, gastó una pequeña fracción de su botín global para crear una capa privilegiada de aristócratas obreros que ayudaron a la burguesía a explotar a las masas trabajadoras con más crueldad e impunidad. Así fue como la burocracia totalmente corrupta de los sindicatos británicos recibió su entrenamiento. Naturalmente, los esfuerzos imperialistas de la burguesía francesa llegan tardíamente en este campo como en todos los demás. El capitalismo europeo ya no está en el ciclo del crecimiento progresivo; está en el ciclo de la decadencia. Y la lucha del capitalismo francés para mantener el régimen de Versalles tiene lugar a costa de una mayor desorganización y un empobrecimiento creciente de la vida económica europea en su conjunto. Sin embargo, es perfectamente obvio que el intervalo durante el cual el capitalismo francés conservará la posibilidad de continuar su trabajo fatal depende en gran medida de cuán enérgicamente el partido comunista pueda fomentar en todo el país una lucha activa contra la paz de Versalles y su mentor, la burguesía francesa.

No hay, y no cabe duda, de que los disidentes y los sindicalistas reformistas tienen partidarios activos y conscientes entre esa pequeña parte de la clase obrera que tiene una participación directa o indirecta en el régimen de reparaciones de ladrones. La economía y la psicología de estos elementos son, esencialmente, de carácter parasitario. Los señores Blum, Jouhaux y otros son las expresiones políticas y sindicales consumadas de este espíritu parásito que une ciertos elementos entre la aristocracia obrera y la burocracia al régimen de Versalles en Europa. Estas camarillas son incapaces de llevar a cabo una lucha seria contra la hegemonía ratera existente de Francia, porque esta lucha ineludiblemente también descargaría golpes sobre ellos.

Hoy en día, la lucha por la revolución social en Francia se le presenta al proletariado sobre todo como lucha contra la hegemonía militar del capitalismo francés, como lucha contra el continuo saqueo de Alemania, como lucha contra la paz de Versalles. El carácter genuinamente internacionalista y genuinamente revolucionario del Partido Comunista Francés debe demostrarse y desarrollarse precisamente sobre esta cuestión.

Durante la guerra el carácter internacionalista del partido proletario encontró su expresión en el rechazo del principio de defensa nacional, porque en ese momento ese rechazo era de carácter dinámico, denotando la movilización de las masas trabajadoras contra la patria burguesa. En la actualidad, cuando la burguesía francesa devora y digiere un botín sin precedentes, el rechazo por parte del partido comunista del principio de la defensa nacional es en sí mismo necesario, pero es absolutamente insuficiente. La burguesía puede reconciliarse fácilmente con un antipatriotismo declamatorio hasta el estallido de una nueva guerra. Hoy, sólo una lucha contra el latrocinio fruto de la defensa nacional, una lucha contra las indemnizaciones y reparaciones, contra la paz de Versalles, puede adquirir un real y auténtico contenido revolucionario. Sólo en esta lucha podrá el partido, a la vez, probar y moderar a su membresía, despojando sin piedad a todos los elementos infectados con la plaga del parasitismo nacional, si esos elementos siguen acechando en algún rincón del partido comunista.

Sobre esta cuestión, también, su convención debe abrir una nueva era de lucha de masas revolucionaria contra Versalles y contra los partidarios de Versalles.

5. Cuestiones de la organización

De la consideración anterior fluyen automáticamente las cuestiones de organización. Lo que se trata es de asegurarle al partido comunista su carácter de auténtica organización proletaria, íntimamente ligada a todas las formas del movimiento obrero, extendiendo sus conexiones a todas las asociaciones y agrupaciones obreras, controlando y dirigiendo en igual medida la actividad de los comunistas En el parlamento, en la prensa, en los municipios, en los consejos cantonales, en los sindicatos y en las cooperativas.

Desde este punto de vista, sin lugar a dudas, los proyectos de enmienda a los estatutos del partido y al régimen de la prensa, presentados por el comité central, representan un paso adelante. Huelga decir que estos estatutos y cambios formales de organización sólo pueden adquirir sentido si toda la actividad de los órganos de dirección del partido les corresponde en su contenido. A este respecto, la cuestión de la composición del comité central del partido reviste una importancia excepcional. En nuestra opinión, el comité central debe personificar la unificación de la izquierda y el centro contra la derecha, es decir, contra el oportunismo y a favor del centralismo, en aras de promover en las masas la actividad política revolucionaria. En segundo lugar, la mayoría del comité central debe estar compuesta por trabajadores y, además, por trabajadores íntimamente relacionados con las organizaciones sindicales. Ya se ha explicado el significado del primer criterio; sobre el segundo es necesario decir unas pocas palabras.

Asegurar los vínculos del partido con las masas significa, en primer lugar, asegurar estos lazos con los sindicatos. Es necesario, de una vez y para siempre, poner fin a la visión, fantástica y suicida desde el punto de vista de la revolución, de que el partido no tiene ningún trato en los sindicatos o en su funcionamiento. Naturalmente, una organización sindical como tal es autónoma, es decir, dirige sus propias políticas sobre la base de la democracia obrera. Pero el partido también es autónomo en el sentido de que ningún anarcosindicalista se atreve a prescribir para él qué cuestiones puede o no tocar. El partido comunista tiene no sólo el derecho sino el deber de buscar la posición de liderazgo en los sindicatos sobre la base de la confianza voluntaria de los miembros del sindicato en las consignas y tácticas del partido. Hay que poner fin definitivamente a un régimen en el que los sindicatos han sido controlados por camarillas anarcosindicalistas, mutuamente ligadas por acuerdos secretos en el espíritu del carrerismo masónico. El partido entra en los sindicatos mostrando su cara. Todos los comunistas trabajan en los sindicatos como comunistas y están obligados por la disciplina del partido en las células comunistas. En cuanto a las cuestiones relacionadas con las acciones sindicales, los comunistas se someten naturalmente a la disciplina sindical. Desde este punto de vista se da una enorme importancia a la incorporación de un gran número de activistas sindicales al personal del comité central. Asegurarán los vínculos entre el comité central y las organizaciones de masas, y, por otra parte, el comité central será para ellos la escuela más alta de la política comunista. Y nuestro partido francés está en extrema necesidad de educar a los líderes proletarios revolucionarios.

* * *

Tales son las tareas principales antes de la próxima convención del Partido Comunista Francés. La Internacional Comunista seguirá su desarrollo y resultados con la mayor atención. La actitud exigente de la internacional hacia el partido comunista de Francia es en realidad una actitud exigente hacia sí misma, en la medida en que el partido francés constituye una de sus secciones importantes. Las profundas contradicciones inherentes a la situación de la república del capitalismo francés abren ante el proletariado francés en un futuro próximo, esperamos, las posibilidades de las mayores acciones históricas. En la preparación de ellas es necesario que tengamos la actitud más vigilante y exigente hacia nosotros mismos. Esta carta está inspirada en la idea de la gran misión histórica del proletariado francés. La actitud exigente de la internacional hacia sus partidos descansa en una profunda confianza en el desarrollo revolucionario del proletariado mundial y, sobre todo, del proletariado de Francia.

El Partido Comunista Francés superará su crisis interna y alcanzará el nivel de sus tareas revolucionarias ilimitadas.

(Adjunto) El frente único en Alemania [extractos carta de Clara Zetkin al CEIC]

“La fusión inminente del SPD y el ISPD [Partido Socialdemócrata de Alemania y Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania] no es el producto de la política del frente unido sino una caricatura de él. La fusión se la ha impuesto a los líderes de estas dos partes la necesidad de encubrir su quiebra mediante un nuevo engaño. Teniendo en cuenta la necesidad de unir las fuerzas proletarias, una necesidad que es sentida por las masas, los líderes reformistas de ambos partidos la utilizan con un mal propósito: unirse con la burguesía contra los comunistas. Esta unificación es la consumación natural e inevitable de la sustitución por ambos de estos partidos del programa de lucha de clases por una política de “unidad nacional”, una política de colaboración de clases. Toda la diferencia que queda entre ellos sólo se reduce a esto, a que los seguidores de Scheidemann han descartado la fraseología revolucionaria mientras que los seguidores de Dittman todavía recurren a ella. Entre estos dos partidos reformistas no hay diferencias de principio o tácticas, y por lo tanto nada obstaculiza su fusión. De hecho, deben fusionarse para recuperar algo de fuerza, o al menos una apariencia de fuerza. El Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) perdió el año pasado 46.000 miembros, una enorme pérdida incluso para su excelente organización. El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (ISPD) aún no ha hecho público su informe, pero es un secreto a voces que este partido no sabe cómo hacer frente a su déficit y que su órgano central *Freiheit* está por los suelos. Pero lo principal es que ambos partidos deben esforzarse en recobrar, aunque sólo parcialmente, su antigua popularidad, comprometidos por su política reformista que los ha arrojado en los brazos de Stinnes. Y así han procedido a hacer uso malicioso de la consigna más popular entre las masas. Pero las masas pronto descubrirán cuán profunda y básica es la diferencia entre una unidad orgánica de estos dos partidos y la unificación de las masas proletarias para sus propias luchas.

Junto a esta unidad orgánica de los dos partidos reformistas, el partido comunista continúa su trabajo incesante a favor del frente único contra los dirigentes de estos partidos y contra la burocracia sindical. Los éxitos ya eran evidentes en la campaña lanzada en relación con el asesinato de Rathenau. En las provincias del Rin y Westfalia, con sus grandes centros industriales, se han organizado comités de acción en muchas ciudades y distritos, compuestos por representantes de los dos partidos reformistas, el partido comunista y los sindicatos. Bajo la presión de las masas organizadas, los

dirigentes de los partidos reformistas, en particular el DAGB (Comité Ejecutivo de la Alianza Sindical Alemana), se vieron obligados a establecer relaciones con el partido comunista. A pesar de la breve duración de esta actividad conjunta, dos grandes manifestaciones se celebraron en rápida sucesión en Alemania y, gracias a estas negociaciones y manifestaciones, el partido comunista mantuvo contactos íntimos con las masas trabajadoras en áreas bastante amplias. Los comités de acción creados para desarmar a los elementos contrarrevolucionarios siguieron funcionando después de que el movimiento de protesta hubiera disminuido tan rápidamente debido a la traición de los reformistas.

La idea del frente único está de nuevo avanzando con pasos gigantescos. Se ve ayudada por la crisis actual. La lucha económica está llevando a los trabajadores y empleados a unirse y a exigir que sus representantes, en los sindicatos y en los partidos políticos, trabajen conjunta y armoniosamente. Para ilustrarlo citamos la reunión conjunta de los delegados de fábrica en Berlín. Más de 6.000 de estos delegados asistieron a pesar de la advertencia de la burocracia sindical, del ISPD y del SPD, de que era inadmisibile que sus miembros asistieran a esta reunión.

Esta reunión, que fue un real acontecimiento, eligió un comité de 15 miembros para organizar una conferencia de delegados de fábricas y comercios de toda Alemania. Este comité está compuesto por miembros de todos los partidos obreros. Se compromete a convocar la convención si el Comité Ejecutivo de la Alianza Sindical no lo hace. El objetivo es establecer "Comités de Control" para supervisar la producción, distribución, precios, etc. En muchos centros industriales ya se han formado comités de control. Hay un gran número de ciudades donde los trabajadores han convocado reuniones de delegados de fábricas y comercios en las que se organizan comités que exigen el control de la producción. En todas partes los comunistas estaban a la cabeza de este movimiento cuyo objetivo es lograr la unidad en la lucha.

Ciertos elementos de nuestro partido, es cierto, mantienen puntos de vista opuestos al frente único. Sin embargo, estas opiniones están dirigidas principalmente contra los errores que se han cometido y contra la aplicación incorrecta del frente único. En el futuro habrá cada vez menos errores. El partido debe aprender a maniobrar en las nuevas condiciones y a establecer un frente común, al mismo tiempo que preserva y expresa su propia fisonomía política."

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista
Moscú, 13 de septiembre de 1922

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es